

presentan en miniatura paisajes completos. En los arroyos y estanques iban y venían lindos *patos multicolores* propios de la China, mientras que saltaban de rama en rama los faisanes dorados.

Los chinos gustan mucho de los objetos pequeños, y nada les agrada tanto como reducir la naturaleza á proporciones minúsculas. Así es que en ciertos jardines se ven pequeñas colinas artificiales, que bañan unos arroyuelos donde se bañan patitos de porcelana. Hay pequeños puentes por donde se pasan esas diminutas corrientes líquidas.



Preparación del té.

También se ven arbolitos de escasa altura, pues los chinos han hallado el medio, poco útil en verdad, de reducir el tamaño de los árboles, dando á un olmo ó una encina las proporciones de un rosal enano.

La agricultura tiene entre nosotros tanto prestigio, dijo el chino, que en otra época, al llegar la fiesta de la labranza, en la primavera, el emperador en persona guiaba un arado, trazando con él tres surcos en un campo reservado, cerca de Pekín.

Pu-Lu llamó la atención de los jóvenes sobre un plantío de arbustos que había en Fati. Tenían éstos dos metros de alto próximamente, y estaban cubiertos de flores blancas, ligeramente olorosas, análogas á la del cerezo. Eran *árboles del té*.

Té. — Arbusto que se da en China y cuya hoja es objeto de uno de los mayores comercios del mundo. Su cultivo está muy exten-

dido allí y es objeto de especialísimos cuidados; en vano se ha tratado de transportarlo á otras regiones, pues si bien crece, las hojas pierden su aroma. Los ingleses, los rusos y los norte-americanos son los pueblos que siguen á los chinos en el consumo de este artículo. En el Celeste Imperio hay gentes que tienen como profesión única gustar el té, como en las naciones vinícolas hay personas que se consagran á probar el vino para fijar su calidad y precio.

La mejor especie crece en las colinas de los alrededores de Fuchéu. Las hojas se cosechan cuando la planta tiene cuatro años, y la recolección se efectúa tres veces al año. Las hojas de la primavera constituyen el *té imperial* y las primeras se reservan para el soberano en persona. Hay que cogerlas antes de que salga el sol, y los trabajadores tienen que lavarse las manos varias veces antes de empezar á trabajar.

Inmediatamente echan las hojas en agua, después de lo cual se las seca un poco y se las arrolla, sea entre las palmas de las manos, sea con los pies; luego se las seca completamente y se las aromatiza con flores de jazmín ó pétalos de rosas amarillas. El viaje por mar hace perder al té parte de sus cualidades; así es que el mejor es el que llaman *de caravana*, porque viaja por tierra, yendo hasta la Europa occidental á través de la Rusia.

CVII. — DE HONG-KONG Á SHANG-HAI. — PEKÍN. — LA GRAN MURALLA.

Nuestros amigos están de vuelta en Hong-kong, y no tardan en hallarse instalados á bordo del buque francés el *Durance*.

La pequeña correría á Cantón no cansó á Pedro, como temía su madre. Desde que el muchacho ha salido de la zona de los calores tropicales, su salud se fortalece. Miguel y él son los mejores compañeros del mundo, y el argelino se muestra siempre dispuesto á repetir lo que ha dicho, cuando el pequeño español no ha podido comprender de pronto la expresión francesa.

El viaje es un paseo delicioso, favorecido por el tiempo. El *Durance* tomó por el canal de *Fu-keú*, que separa la *isla de Formosa* de China.

Con este motivo, varios oficiales franceses que estaban á bordo, hablaron de los incidentes de la guerra entre su país y la China: de la toma de las *islas Pescadores* por el almirante *Courbet*, de la destrucción de los navíos chinos en la bahía de *Schei-poo*

por dos buques lanza torpedos, y, más tarde, al pasar el *Durance* frente á la desembocadura del río *Min*, del bombardeo y destrucción del *arsenal* de *Fu-tcheü*, por el indicado marino.

Al cabo de una semana de navegación frente á las islas cubiertas de verdura que rodean las costas de China, entró el buque en el puerto de *Shang-hai*.

Éste se encuentra también abierto al comercio, como Cantón y Hong-kong, y la ciudad se divide en las mismas dos partes ya descritas al hablar de las otras. Primeramente es la parte europea ó *Bund*, que refleja en las aguas del *Nang-pott*, pequeño río en cuyas orillas está edificada, sus palacios de piedra blanca, análogos á los de París, Londres ó Roma; después viene la ciudad china, en que las pagodas de siete y ocho pisos dominan una colección de miserable casuchas, alineadas á lo largo de callejuelas estrechas, y nauseabundas. Pero *Shang-hai* tiene más importancia que *Hong-kong* todavía, lo cual depende de su posición en el delta del río *Azul* ó *Yang-tse-kiang*, el mayor de China, y uno de los primeros del mundo, pues sólo tres, el *Amazonas*, el *Nilo* y el *Congo* le son superiores.

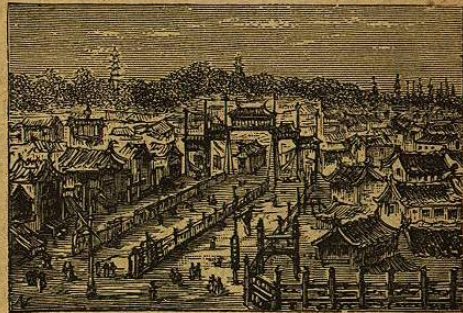
La intención de la Sra. de Vega no era detenerse en *Shang-hai*, pues aunque había ido bastante al norte, el calor era grande todavía; así fué que resolvió en interés de la salud de Pedro, pasar al *Japón*, donde creía hallar temperatura más favorable.

Después de varios días de descanso, volvieron á embarcarse en un pequeño buque que salía para *Nagasaki*.

Esta resolución contrarió á Pedro, que había esperado visitar *Nankín*, situado sobre el *Yang-tse-kiang*, á unos 300 kilómetros de *Shang-hai*. Así es que al pasearse sobre la cubierta con Miguel, mien-

tras se perdían en el horizonte las casas y edificios de la ciudad, decía muy mal humorado :

— Hubiese querido ver la famosa *Torre de porcelana*, que tiene nueve pisos, separados unos de otros por techos encorvados y cubiertos de placas de porcelana blanca con dibujos dorados que representan dragones. Según dice una descripción que yo he leído, desde lo alto de la torre bajan multitud de cadenas cargadas de campanillas; en los ángulos de los nueve techos hay también muchas de éstas. Cuando el viento las sacude todas á la vez, producen una música agradable. Además, los días de gran fiesta iluminan la torre con ciento ochenta fanales co-



Pekin.

locados á lo largo del edificio. ¡ Qué soberbio efecto debe producir todo esto !

— Por desgracia, dijo en español un viajero que oía, esa torre ha dejado de existir. En el sitio donde estaba, no queda más que un montón de escombros cubiertos de malezas, y la ciudad que en otro tiempo causaba la admiración de los extranjeros, está deruida desde que la destruyeron los Taipings.

Pedro había mirado á la persona que acababa de hablar en su lengua.

— ¿ Es V. español ? le preguntó.

— No, amiguito, contestó el extranjero; soy francés; pero los viajeros deben conocer todas las lenguas.

—¿Dice V. que Nankín no existe ya?; Qué desgracia! ¿Ha estado V. en otras ciudades de China?

— Sí, amiguito, he visto Pekín y he recorrido el Celeste Imperio entero.

— ¡Entero! exclamó Pedro con admiración. De seguro ha visto V. al emperador.

— ¿Al emperador? Va V. muy de prisa. Son pocos los hombres, aun entre sus súbditos, que puedan jactarse de tal honra, pues el soberano no se deja ver en público sino muy raras veces y únicamente en circunstancias excepcionales. Come solo, lo cual



Un techo á la china.

no debe ser siempre divertido, y es objeto de veneración tan grande, que no sólo se prosternan delante de su persona, sino también ante su trono y su quitasol.

—¿Ha pasado V. por la *Gran Muralla*?

— Sí, la he atravesado, añadió sonriendo el viajero.

— También hubiese querido ver eso. Mi libro de geografía dice que es una de las construcciones más notables del mundo entero. Tiene de diez á doce metros de alto y siete á ocho de grueso, de modo que es posible pasearse por ella en carroza, como en otra época por los jardines suspendidos de Babilonia. Según parece, se necesitó para construirla un millón de obreros; de doscientos en doscientos metros hay torres defensivas, y gracias á ella ha

podido China librarse durante catorce siglos de la invasión de los mongoles.

— El libro dice bien, contestó el viajero; lo único que tengo que añadir es que si bien esa muralla se encuentra derruida en parte, lo que queda basta para dar idea de tan gigantesco trabajo; pero se necesitan piernas más fuertes que las de un niño de doce años para llegar hasta el punto donde está. Espere V. á que haya ferrocarriles: hasta hoy los chinos se han negado á construirlos, pero no siempre será así. Ya mandan construir ó fabrican ellos mismos barcos de vapor, y en el *Pei-ho*, río que pasa por Pekín, existe una compañía del país encargada de la navegación. Quizás China se verá llena de vías férreas, de telégrafos eléctricos y de teléfonos antes de que V. tenga barba. Así serán menos cansados los viajes, y podrá V. ir á admirar la *Gran Muralla*, y los palacios de *Pekín*, y el famoso *punte de Pa-li-kao*, y *Tien-tsin*, donde se han firmado diversos tratados, y *Son-tchu-fu*, el París de la China y *Hang-tcheú*, en el canal Imperial y otras muchas ciudades, notables por sus monumentos y su industria.

CVIII. — EL JAPÓN. — EN DJINRIKSHA.

En la tarde del cuarto día de salir de Sang-hai, apareció en el horizonte la tierra del *Japón*, envuelta en ligera bruma que fué poco á poco desapareciendo, siendo posible distinguir entonces montañas cubiertas de espesos bosques; y luego, en el primer plano, colinas dispuestas como terrados y cubiertas de deslumbradora verdura, en medio de la cual se escondían pequeñas casitas. Al pie, una ancha bahía, y en sus orillas varias lindas poblaciones. Miles de

lanchas cruzaban sus azules y tranquilas aguas, y en el fondo se distinguía Nagasaki.

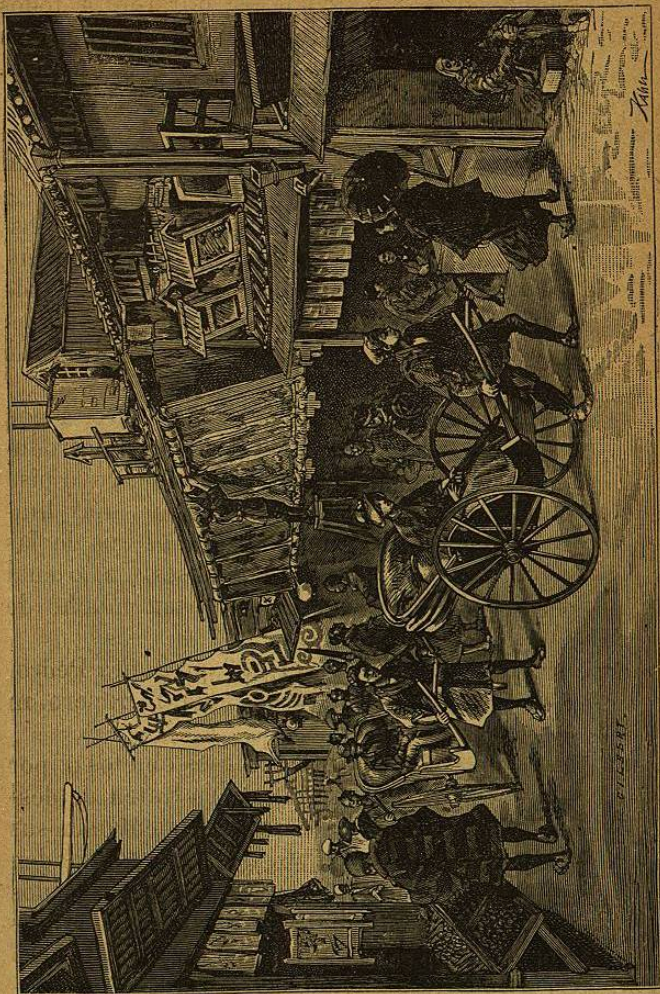
Al desembarcar, los viajeros miraron á todos lados, buscando con la vista algún coche, ómnibus ó carro que los llevase á un hotel, acabando Miguel por descubrir unos vehículos minúsculos, barnizados con laca negra é incrustados de cobre, montados en dos ruedas muy finas, y que sólo tenían un asiento.

Así que la Sra. de Vega, Miguel y Pedro se instalaron en tres de esos carricoches, llamados *djinriksha*, cuando tres *djinrikis* ó mozos se cogieron de los brazos y se lanzaron á la carrera por las estrechas calles, que alumbraban miles de farolillos de color.

De este modo llegaron uno detrás de otro, á una calle algo más ancha que las anteriores é introdujeron á los europeos en un cuarto grande, cuyo piso estaba cubierto de finas y suaves esteras, muy limpias, pues debemos decir que el aseo es una de las principales cualidades de los japoneses, en lo cual se distinguen de los chinos, que distan mucho de poseerla.

— ¿Dónde están los muebles? preguntó Pedro, observando que no había allí ni cama, ni ropero, ni mesa, ni sillas.

Los japoneses ignoran qué son esos objetos ó, por lo menos, no hacen uso de ellos. Ya traten de descansar, de hablar, comer ó escribir, se sientan en sus esteras á modo de los sastres. De noche extienden encima de ellas unos colchones que están guardados en armarios durante el día, y así se simplifica mucho el trabajo del ebanista y del tapicero; pero muchas personas no se acomodan á tanta simplificación.



Una calle de Nagasaki.

CIX. — Á LA JAPONESA.

Por fortuna, así que el hostelero supo que sus huéspedes eran europeos, se apresuró á mandarles preparar habitaciones más conformes á sus gustos y costumbres.

El cuarto en que se encontraban nuestros amigos era muy grande. Unas sirvientas, muy limpias y ágiles, hicieron deslizarse á lo largo de unas ranuras, practicadas con tal fin en el suelo y el techo, unas mamparas de papel, y la pieza quedó dividida en tantos cuartos como viajeros. Después prepararon camas para la señora y su hijo Pedro, pues Miguel declaró que dormiría con gusto « á la japonesa », esto es, en las esteras que cubrían el piso.



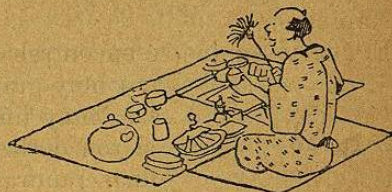
Titiritero.
(Tomado de un álbum chino.)

recorrer la ciudad.

¡ Qué espectáculo tan divertido ! La multitud era compacta como en Cantón ; pero ¡ qué diferencia, entre los japoneses y los chinos ! ¡ Qué diferencia sobre todo entre las mujeres de ambos países ! Las japonesas son pequeñas, alegres, y lejos de tener dificultad para andar como las chinas, van y vienen sobre unas tablitas que elevan su calzado por encima del lodo. Su traje ó *kimono*, cruzado por delante, va á formar por detrás un ancho lazo, y sus negras

cabelleras, subidas con mucho cuidado, ostentan como adorno alfileres muy bien trabajados.

En cuanto á los hombres, no llevan la trenza como los chinos, y su vestido (que no es lo más bonito de todo) constituye una transacción entre el antiguo traje nacional y el europeo ; pero siempre van muy limpios.



Vendedor (según un álbum chino).

La mirada penetra fácilmente en las casas y las tiendas, pues lo primero que hacen todos los días en el Japón es quitar lo que forma las paredes de las casas. De noche vuelven á ponerlo y las habitaciones parecen, con su alumbrado interior, gigantescas linternas.

Las calles presentan variadísimo aspecto ; acá y acullá se distinguen titiriteros que practican al aire libre sus ejercicios, en que los japoneses no tienen rivales ; en otra parte, los maestros de esgrima y los luchadores hacen gala de sus talentos ; después se ven tiros de arco, tiendas de saltimbanquis, y vendedores de mil pequeños objetos, de todas clases y muy baratos. El paseo fué de lo más entretenido.

CX. — MIKADO Y TAICÚN YOKOHAMA Y TOKÍO.

En los viajes traban las gentes relaciones con mucha facilidad, y los europeos que se ven en países tan extraños como los que venimos describiendo, se consideran todos compatriotas. Entre los pasajeros del *Kiu-Siu* — nombre del barco en que nuestros amigos tomaron pasaje para ir de *Nagasaki* á *Yokohama*, ciudad situada en la bahía de *Yeddo*, — había

un ingeniero francés, establecido en el Japón, adonde fué por contrata con el *mikado* (soberano) para construir un camino de hierro. El Sr. Larcher, que así se llamaba, hacía excursión de recreo con su mujer. Ésta y la Sra. de Vega no tardaron en ser amigas y se convino en hacer el viaje todos juntos.

— ¡Hemos vuelto á Europa! exclamaba Pedro tres días después, al recorrer las calles de Yokohama, llenas de tiendas casi tan hermosas como las nuestras. Ese café tiene tantos dorados como los de Madrid y esos sombreros de señora son muy elegantes. — ¡Y esa librería! ¡Y aquél almacén! ¡Y aquella tienda de juguetes!

— Efectivamente, contestó el Sr. Larcher, Yokohama es una *ciudad cosmopolita*, en que todos los pueblos se encuentran representados; los numerosos europeos que residen aquí han traído las modas, la costumbres y usos de sus países respectivos. Pero si *Yokohama* no parece á Pedro bastante japonesa, no tenemos más que tomar el ferrocarril; dentro de una hora estaremos en *Tokio*, la antigua *Yeddo*, hoy capital del Japón.

— ¿De modo que aquí hay caminos de hierro? preguntó Pedro. Sea enhorabuena; veo con gusto que los japoneses son más razonables que los chinos y adoptan los inventos europeos.

— No hace mucho tiempo, le contestó el Sr. Larcher, casi hasta nuestros mismos días, el Japón estaba más cerrado aún que China á los extranjeros. Al fin, los *Estados Unidos* pudieron obtener en 1854, que sus buques tuvieran libre entrada en la bahía de Yeddo. Las demás potencias reclamaron análogo favor, y el *mikado* accedió, no sin bastante resistencia.

El *taicún*, especie de lugarteniente del *mikado*, era favorable á los europeos y les abrió nuevos puertos creando fundiciones de cañones, comprando buques de

vapor y procurando disciplinar sus tropas á la europea. Sin embargo, viendo el *mikado* que ese personaje adquiriría demasiada importancia en el gobierno, abolió el *taicunato* ó dignidad de *taicún*. Entonces se supuso que el soberano iba á emprender marcha retrógrada, pero no fué así; al contrario dió nuevo impulso á las relaciones con los pueblos más civilizados y trató oficiales é ingenieros extranjeros que construyesen caminos de hierro, montasen fábricas y enseñaran á sus tropas la disciplina occidental y el manejo de las armas modernas. Un compatriota mío organizó el arsenal de *Yokoska*, cerca de *Yoko-hama*, y conservó su dirección hasta que hubo oficiales japoneses capaces de dirigirlo.

— Me parece que así gana todo el mundo, dijo Miguel. Los japoneses se ponen al corriente de los progresos occidentales y las naciones industriales encuentran nuevos mercados para sus productos.

— Hay más aún, replicó el ingeniero. Si bien nosotros somos superiores al Oriente en los descubrimientos científicos y sobre todo en lo relativo al vapor y la electricidad, ellos lo son á su vez en ciertos trabajos, como las artes del adorno y el conocimiento de los colores. Hay industrias, como la de las *porcelanas*, los vasos *esmaltados* y los *bordados en seda*, en que los chinos y los japoneses son los maestros de nuestros pueblos. Su *bronce* es mejor que el americano y el europeo, y todavía no se ha podido descubrir la *aleación* que emplean para fabricar sus *campanas* y sus *gongs*, esos discos metálicos que tan estruendosos sonidos producen.

Vasos esmaltados. — Los principales vasos esmaltados chinos son los que llaman *seccionados*. Están hechos con metal y los dibujos se forman con delgadas láminas ó mamparitas de oro, entre las cuales quedan pequeñas cavidades donde se vacía el *esmalte* de diferentes colores. El *esmalte* es la materia brillante que cubre la porcelana.

¡Cuánto hay que admirar en Tokio! Pagodas á cual más suntuosa y mejor adornada, jardines cultivados de manera admirable en que ostentan su fragancia las flores más bellas, museo donde están los objetos más interesantes de la industria japonesa desde los tiempos más remotos.

Al lado de estas muestras del arte nacional se ven fábricas en que se obtienen productos diversos por los métodos modernos; bibliotecas llenas de obras en todos los idiomas; escuelas á la europea, donde los profesores inician á los jóvenes en el estudio de las ciencias físicas, las matemáticas, el derecho y la medicina. Estas escuelas dan excelentes resultados, pues los japoneses son muy inteligentes y se asimilan sin dificultad los conocimientos extranjeros.

CXI. — PARTIDA DE CAMPO. — EL PAPEL JAPONÉS.

Los alrededores de Yokohama son deliciosos. En ellos abundan las arboledas de bambúes, alcanforeros, cedros, pinos, melezos, que alternan con los cultivos de arroz, de té, algodón, añil y de las plantas hortícolas, á que los expertos, cultivadores del país hacen producir frutos de colosal tamaño. De la montaña bajan saltando cascadas y acá y acullá serpentean riachuelos que se atraviesan en puentecillos deliciosamente trabajados. Por ellos circulan lindos champanes de madera pulimentada, cubiertos de esteras finas.

No hay nada que pueda compararse con el encanto y delicadeza de la campiña en el Japón. Parece que el color verde de las plantas es allí más deslumbrador que en el resto del mundo. Los caminos, cubiertos en sus orillas por las azaleas, las glincias y las clemátides, que han valido al Japón el nombre de Imperio de las Flores, pasan delante de pagodas medio ocultas en la enramada y de puestos

de té, de donde salen criadas á ofrecerlo al pasante. Hay momentos en que el paisaje se descubre, pudiendo entonces extenderse la mirada por la magnífica bahía de Yeddo, llena de velas blancas, ó por la campiña, que domina la imponente cima de un volcán, el *Fusi-Yama*, que destaca su plateado cono sobre el azul del cielo.

Nuestros jóvenes, á quienes el Sr. Larcher había llevado á dar un paseo por la campiña estaban tan absortos en la contemplación de las mencionadas bellezas, que no se fijaron en que el cielo se cubría de nubes. Una gota de agua que cayó sobre la punta de la nariz de Pedro, le hizo lanzar una exclamación.

— Agua y no hay paraguas, dijo.

— No se apuren Vds. por eso, contestó el Sr. Larcher, les daré unas capas para que se las pongan.

— ¿Unas capas?

— Sí, y completamente impermeables.

Al hablar así, deshizo un paquete que llevaba debajo del brazo y que Pedro había tomado por un lio de periódicos.

En efecto, eran cuatro grandes pliegos de papel.

— ¿Y esos son los impermeables? preguntó el chicuelo.



La lluvia (según un álbum japonés.)

— Aquí están.

— ¡Impermeables de papel!

— Sí, hijo mío; el papel chino y japonés no se parece al nuestro. Mirad qué fuerte, flexible y suave es éste. Dense prisa y envuélvanse en él antes que la lluvia los haga sopas.

Ambos jóvenes obedecieron en medio de grandes carcajadas y hecho esto echaron á andar camino de Yokohama por un verdadero diluvio.

Cuando Miguel y Pedro salieron una hora más tarde de sus envolturas estaban tan secos, según la expresión del último, como si los hubiese cogido el aguacero metidos en un armario.

Durante la comida se volvió á hablar del *papel chino ó japonés*, que viene á ser casi igual.

— Ya me había admirado, dijo Pedro, de ver en las casas tabiques de papel; pero más extraordinario me parece esto de servirse del papel como de un paraguas.

— Aquí se emplea el papel en mil cosas, le respondió el Sr. Larcher, para hacer pañuelos, servilletas, toallas, alfombras y cortinas; con él fabrican telas que parecen de seda é imitan el cuero, dándole tal fuerza de resistencia que sirve para fabricar correas de transmisión destinadas á las máquinas de vapor.

— ¿Con qué hacen un papel tan sólido? preguntó Miguel.

— El de escribir, que es muy delicado y hermoso, se fabrica con *paja de arroz*; pero el que acabo de mencionar se extrae de una planta llamada *papiro* y que abunda en las orillas de los arroyos. En otra época se daba en las márgenes del Nilo y sus hojas, sometidas á cierta preparación, constituían el *papiro* de los antiguos. Sus fibras son muy resistentes y como no se las desagrega completamente en el

trabajo preparatorio á que se las somete, el papel tiene la solidez que tanto les admira.

— Lo que se me figura, exclamó Pedro, que las casas de aquí deben arder bien cuando se queman.

— Ya lo creo; los incendios son terribles y por esto se toman contra ellos grandes precauciones. Así y todo, toman á veces proporciones gigantescas. Hace unos veinte años ardió la ciudad entera de Yokohama. Pues bien, al día siguiente los japoneses, considerando sin duda que de lamentarse y gemir no se saca nada, empezaban á reconstruirla y en tres meses no quedaron ni rastros del fuego. ¿Saben Vds. cómo edifican?

— Como en todas partes, empezando por los cimientos.

— No señor. Empiezan por el techo. Lo colocan en tierra y después lo levantan sobre cuatro puntales; hunden éstos en el suelo, hacen los pisos y metiendo luego en ranuras dispuestas de antemano los bastidores forrados de papel, queda construída la casa.

CXII. — LA TELEGRAFÍA SUBMARINA.

Los japoneses conocen, como los europeos antiguos y modernos, el uso de las *aguas minerales naturales* para la curación de las enfermedades, y en su país disfrutaban de gran reputación varias *estaciones balnearias*.

Una de ellas está situada en *Mionoska*, región montañosa que se encuentra casi al pie del *Fusi-Yama*.

Los médicos de Yokohama recomendaron que Pedro tomara esos baños y la señora de Vega, fué á instalarse en dicho punto hasta fines del verano.

Antes dirigió á su marido un telegrama.

Miguel recibió encargo de ir á llevar el despacho á la oficina de telégrafos. Pedro le acompañaba.